bién á la justicia en el centro de todo ideal, en medio del amor de la verdad y del amor de la belleza, y ella es bondad, piedad, generosidad y egoismo. Los actos de justicia son los que elevan al hombre á las alturas desde donde no ve lo justo y lo injusto en el círculo estrecho de las obligaciones que el azar le impone, sino más allá de los años y de los destinos, más allá de lo que debe y de lo que ama, más allá de lo que busca y de lo que encuentra, más allá de lo que aprueba ó de lo que desaprueba, más allá de lo que espera y de lo que teme, más allá en fin, de los crímenes y de las injusticias de los hombres sus hermanos.

EL TEMPLO DEL AZAR

He sacrificado—y sacrificio cruel es, renunciar á la contemplación de las incomparables estrellas y de la blanca luna en las noches mediterráneas, he sacrificado, digo, algunas, de mi estancia en el país del sol, á interrogar en el más suntuoso, en el más activo y exclusivista de sus templos, al dios más obscuro de la tierra. Este templo es Monte Carlo, desparramado sobre una roca que esclarece la luz de la mar y del cielo; rodeado de jardines encantados, donde triunfan en enero las flores perfumadas de la primavera, del estío y del otoño, y en cuyos árboles—el adorable limonero y la palmera real—cantan los pájaros. Preciso es reconocer, sin embargo que el edificio es indigno de la admirable situación en que está colocado, de las colinas deliciosas, del golfo azul y esmeralda, de las arboledas sonrientes que le rodean; indigno del Dios que abriga

y de la idea que representa. Tiene el empaque enfático y revela la baja y obsequiosa insolencia de un *grupié* enriquecido. Edificio de gran solidez y vastedad, tiene, no obstante, ese aire mezquino y provisional de los monumentos, pretenciosamente lamentables de nuestras exposiciones universales. Se ha alojado al padre augusto del destino en una especie de ramillete confitado y exornado con torrecitas de azúcar. Acaso se haya construído una mansión ridícula para no espantar á la gente, para hacer creer que el más frívolo, el más inofensivamente caprichoso, el menos serio de los dioses, protege á sus fieles desde un trono de azúcar cande. A pesar de lo que, reina allí una divinidad misteriosa; una fuerza soberana y sabia, segura y armónica. Divinidad que necesita un palacio de mármol, desnudo y severo, sencillo y colosal, alto y largo, glacial y religioso, geométrico é inflexible, afirmativo y aplastante.

Lo de dentro responde á lo de fuera. Las salas son espaciosas, pero banalmente magníficas. Los árbitros de la suerte, los *grupiés* aburridos, é indiferentes, tienen el aire de horteras endomingados. No son los sacerdotes, sino los empleados del azar. Los ritos y los objetos del culto son vulgares y familiares: algunas tablitas, una especie de cubeta, un cilindro que lleva al centro de cada tabla la minúscula bolita que rueda en sentido inverso á la cubeta, y por fin algunas barajas. Nada evocador

del inconmensurable poder que tienen los astros suspendidos en el espacio.

En torno de esto se reunen los fieles. Cada fiel lleva una fe, muchas esperanzas, tragedias y comedias diversas é invisibles. He aquí, pienso yo, el lugar del mundo donde se acumulan y dispersan en mayor grado, para obtener siempre pérdida, fuerzas nerviosas, pasiones humanas. He aquí el lugar nefasto donde la substancia por excelencia, la substancia divina que todo ser lleva en sí, y con la que se operan fecundos milagros, prodigios de belleza y de amor, he aquí el lugar funesto donde la flor espiritual, el flúido más preciado del planeta se hunde irremediablemente en la nada. Nadie imaginara despilfarro tan criminal. Esta fuerza, que no se sabe de dónde procede, que no encuentra puerta ni ventana por donde salir, ni objeto en que emplearse, viene á flotar sobre el tapete verde como una sombra mortal y crea una atmósfera particular, una especie de silencio que es como la fiebre del silencio verdadero.

En medio de este silencio malsano la voz de la Fatalidad formula su frase consagrada: «¡Hagan juego, señores, hagan juego!». Es decir, sacrifiquen al Dios lo necesario para que se manifieste. Entonces sale de entre la gente una mano iluminada por la certidumbre, que posa sobre cifras indubitables el fruto de un año de trabajo. Otros adoradores, más circunspectos, menos confiados, mezclando á

la suerte ilusorias probabilidades, arrojan sobre el tapete sus piezas de oro sabias y complejas. Otros, en fin, entregan á la ventura, á los caprichos del número, una porción considerable de su felicidad y de su vida. Se oye la segunda fórmula: «¡No va más!» es decir, el Dios va á hablar. En este momento un ojo que percibiera á través del misterioso velo del azar, algo inefable esparce sobre el tapete (si no actualmente al menos en potencia, pues un golpe aislado es raro, y quien juega hoy lo superfluo, jugará mañana todo lo que posee) un campo de trigo que madurece al sol á mil leguas de aquel lugar; en otros casos un prado, un bosque, un castillo que la luna baña en las noches del invierno, una botica que hay bajo unos soportales allá en una ciudad vieja, el lecho de una prostituta, un tropel de campesinos trabajando bajo la lluvia, obreros levantándose al alba, mineros en la mina, marineros en el navío, las alhajas de la disoluta, del amor ó de la gloria, de la alegría ó de la miseria, de la injusticia ó de la crueldad, de la avaricia ó del crimen, de las privaciones ó de los sollozos. Todo esto reposa aquí, tranquilamente convertido en monedas de oro ó billetes de banco. Papeles y monedas que fijan los desastres de una existencia entera que van á repercutir allá lejos en el mundo real, en las calles, en las llanuras, en los árboles, en la sangre, en el corazón; que van á demoler las mansiones familiares donde murieron los padres, á dar otro dueño á una aldea, á cerrar una oficina, á privar de pan á los niños de todo un barrio, á detener las obras de una casa, á arrumbar en un dique un barco, á quebrar ó detener una vida á anular esa cadena interrumpida de efectos y causas, á anular al infinito en el tiempo y en el espacio. Ninguna de estas verdades murmura indiscreta. Hay aquí más Eumenides durmiendo que en las gradas del palacio de los Atridas; más sus sueños y sus gritos de dolor se disimulan en el fondo de los corazones. Ninguna traición, ningún presagio. Ni una palabra, ni un gesto insólito. Las manos torturan un lápiz. Los ojos como si quisieran salir de las órbitas. Es una atención inmóvil. Es el lugar de los dramas sin voz, de los combates callados, de las desesperaciones sordas, de las tragedias silenciosas, de los destinos mudos, que se destruyen en una atmósfera de mentiras que absorbe todos los ruidos.

Durante este espacio de tiempo la bolita vuelve al cilindro y sueño con lo que destruye la potencia formidable que le confiere un detestable pacto. Cada vez que parte en busca de la misteriosa respuesta, aniquila indiferente todos los supremos y esenciales restos de nuestra moral social, quiero decir, del dinero. Destruir el valor del dinero para substituírlo por un ideal más alto sería labor excelente; más destruirlo para suministrar como substitución pura y simplemente la nada, es uno de los atentados más graves que pueden cometerse contra

nuestra evolución actual Desde cierto punto de vista y purificado de sus vicios accidentales, el dinero es ante todo un respetable símbolo, uno de los últimos que poseemos; aquí cotidiana y públicamente mofado y dispendiado. Súbitamente y á título caprichoso, diez años de labor, de sabiduría, de deberes pacientemente soportados, pierden toda su importancia. Han hecho bien en aislar este fenómeno monstruoso, sobre una roca única, pues no hay organismo social capaz de resistir su deletéreo influjo. Aun en su aislamiento de apestado, su influencia devastadora salva distancias no previstas. Se siente esta influencia necesaria maléfica y profunda de tal manera al salir de este palacio maldito donde el oro tintinea incesantemente, que la conciencia humana no se explica la vida normal contínua de esos obreros, resignados á su desdichada suerte por un salario irrisorio, ó de esas muchachitas envejecidas que, entre los jugadores enriquecidos ó arruinados, se obstinan en vivir pensamente, ofreciendo á los que pasan naranjas, nueces y cajas de cerillas de diez céntimos.

Mientras reflexionamos de este modo la bolita modera su curso circular y salta como un sapito charlatán sobre las treinta y siete casillas que la solicitan. Es la sentencia irrevocable. ¡Extraña debilidad de nuestros ojos, de nuestro cerebro! ¡Extraños secretos de las leyes de nuestro globo! Del sitio donde la bolita se pone en movimiento al sitio

donde cae, al hueco fatídico, bajo una forma pueril y chocarrera. el misterio del universo inflinge á la potencia, á la razón humana, una incesante derrota. Reunid alrededor de esta mesa todos los sabios, todos los adivinos, todos los videntes, todos los iluminados, todos los profetas, todos los santos, todos los taumaturgos, todos los matemáticos, todos los genios de todos los tiempos y de todos los países; pedidles que busquen en su razón, en su alma, en su ciencia y en sus cielos el número próximo, el número en que la bolita se detendrá; pedidles que invoquen á sus dioses omniscientes, á sus pensamientos que gobiernan pueblos y se enorgullecen de penetrar mundos, y todos sus esfuerzos quedarán hechos polvo contra este enigma, con el que podría jugar un niño. Y toda la fuerza, toda la certidumbre de la «banca», que es impasible, obstinada, inmóvil y siempre victoriosa aliada de la sabiduría rítmica y total del azar, reposa únicamente en la impotencia que tiene el hombre para prever lo que pasará ante sus ojos dentro de unos segundos. Desde hace cosa de medio siglo, sobre esta roca florecida se desconciertan los cerebros ante estas formidables experiencias, sin que nadie hasta hoy haya descifrado el misterio que envuelve el porvenir de la bolita. Si alguien, un ser anormal, se presentase después de haberlo adivinado, saltaría la banca y con ella todo un mundo de misterio. Mas á pesar de todo su orgullo y de todas sus esperan-

zas, el hombre ante el tapete, sólo sabe que no sabe nada.

A la verdad, el azar, tal como los jugadores lo entienden, es un dios que no existe. Adoran una mentira que cada uno de ellos se representa bajo forma distinta, con sus leyes, costumbres y preferencias peculiares é imaginarias. Según unos, favorece á ciertas cifras. Según unos obedece á ciertos ritmos. Según unos hay una especie de justicia que acaba por dar un valor igual á cada grupo de probabilidades. Según otros, en fin, es imposible que favorezca indefinidamente á la banca. No acabaríamos de recorrer todo el *Corpus Juris* ilusorio de la ruleta. Verdad es que en la práctica, la repetición indefinida de los mismos accidentes limitados, forma forzosamente grupos de coincidencias, donde el jugador cree entrever los fantasmas de las leyes. Más es verdad también, que al intentar probar esto, la seguridad se desvanece y queda uno frente á lo desconocido. Por otra parte la mayoría de los jugadores llevan ante el tapete verde no pocas ilusiones, conscientes ó instintivas, infinitamente menos justificables. Casi todos están persuadidos de que el azar les reserva favores ó desgracias especiales ó premeditadas. Casi todos imaginan, entre la bolita y su presencia, sus pasiones, sus deseos, sus vicios, sus virtudes, sus méritos, su poder espiritual ó moral, su belleza, su genio, el enigma de su ser su porvenir, su dicha y su vida, yo no sé qué

relación innominada, pero plausible. Esta esferita, de la que ellos imploran la sentencia y sobre la que esperan ejercer una influencia oculta, esta bolita incorruptible tiene algo mejor que hacer que ocuparse de sus tristezas y de sus alegrías. Tan sólo vive treinta ó cuarenta segundos, durante los que obedece á leyes eternas, resuelve problemas infinitos, cumple deberes esenciales de los que jamás tendrá conciencia la comprensión del hombre y aparte de estas cosas enormes y difíciles, concilia en su curso breve, esos dos poderes incognoscibles é inconmensurables que son probablemente el alma biforme del universo: la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta. Y para ello tiene en cuenta todas las leyes de la gravitación, del frotamiento, de la resistencia del aire, de los fenómenos de la materia; de los menores incidentes de la tierra y del cielo, pues un jugador que se traslada conmoviendo el entarimado de la sala, una estrella que alumbra en el firmamento le obligan á modificar y á recomenzar todas sus operaciones matemáticas. Ella no ha tenido el deseo de actuar de diosa de la fortuna ó de la crueldad entre los hombres: es que está prohibido quebrantar una sola de las formalidades que el infinito exige á todo lo que á su alrededor gira. Y cuando llega á su sitio ha hecho el mismo trabajo incalculable que la luna ó cualquiera de los astros indiferentes y glaciales que allá arriba, fuera de nosotros, en el azul trans-

parente, ascienden majestuosamente sobre el Mediterráneo de plata y de záfiro... Esto es lo que llamamos azar no pudiendo darle otro nombre.

LAS RAMAS DE OLIVO

Olvidemos que vivimos en días fecundos y decisivos. Es probable que nuestros descendientes nos envidiarán el alba que atravesamos, como nosotros envidiamos á los que tomaron parte en el siglo de Pericles, en los tiempos más bellos de la gloria romana, y en ciertas horas del Renacimiento italiano. Luminosa en lo porvenir, la magnífica polvareda que envuelve los grandes movimientos de los hombres, ciega á quien la respira, ocultándole la dirección del camino, sobre todo el pensamiento, la necesidad, ó el instinto que los conduce.

Importa fijarse en esto. El tejido de la vida cotidiana ha sido sobre poco más ó menos idéntico en todos los siglos en que el hombre ha llegado á cierta facilidad de existencia. Este tejido, cuya superficie está ocupada por los bienes y los males persiste sensiblemente igual iluminándose ó ensombreciéndose por transparencia según la idea dominante de la generación que lo desenvuelve y